



Mariátegui en Montevideo

La presencia del intelectual peruano en la “generación del Centenario” durante “los años locos” 1917-1933

Jorge Myers*

Historia olvidada: la historia intelectual uruguaya 1917-1933

El humo de las bibliotecas incendiadas a lo largo del siglo XX llega hasta nuestro siglo XXI y sigue dificultando nuestra visión de la historia intelectual de muchos países y de muchas formaciones ideológicas de entonces. En la historia intelectual de Uruguay, la “generación de 1917” (también llamada “generación del Centenario”, o “generación de 1915” o “de 1920”) ha sido víctima de una triple oclusión: interrumpido su ciclo vital por la dictadura de Terra (1933-1938), primero; fue repudiada luego y sepultada en el olvido por la generación siguiente (aquella de 1939 —o 1945—, cuyo símbolo de identidad más tangible supo ser el periódico **Marcha**); para sufrir finalmente una definitiva obliteración de la memoria colectiva como consecuencia de la acción sistemática de la dictadura militar (1973-1985), que buscó borrar toda huella de cultura “progresista” del legado nacional.¹

* Universidad Nacional de Quilmes /CONICET. El término “los años locos” para designar este período lo tomo de Carlos Martínez Moreno y Fernando Aínsa, en sus respectivas contribuciones a la **Enciclopedia Uruguaya, Montevideo**, Arca-Editores Unidos, 1967-69.

¹ En la década del sesenta, el trabajo de interpretación de la historia cultural uruguaya llevó a algunos críticos y ensayistas a explorar, como parte de obras más generales, ese período de la misma. Carlos Real de Azúa identificó positivamente, en diversos escritos de su autoría, a ciertos ensayistas del período —Gustavo Gallinal, Eduardo de Salterain y Herrera, y otros—; Fernando Aínsa bajo la supervisión de Carlos Martínez Moreno redactó un fascículo de la obra **Capítulo oriental** dedicado a “La narración y el teatro en los años veinte”; Ángel Rama se refirió elogiosamente a varios miembros de esa generación —o al menos reconoció su existencia— en diversas obras suyas. La **Enciclopedia Uruguaya** —obra concebida y dirigida por él— dedicó un fascículo, redactado por Carlos Maggi, a la historia social —en clave amena, anecdótica— a “los años locos” correspondientes a la etapa 1918-1939, dos más al fútbol y al tango de esos años, un cuarto al proceso político de la era batllista —redactado por su hermano Germán— y una quinta entrega al “arte nuevo”, redactado por Fernando García Esteban. Carlos Martínez Moreno estuvo directamente a cargo del fascículo (n° 47) dedicado a “Las vanguardias literarias”, cuyo argumento general, contrariando el título, era que las “vanguardias” uruguayas no habían sido vanguardistas. Quizás el hallazgo más importante producido por las excavaciones arqueológicas realizadas en los años sesenta en el sitio de “los años locos” haya sido el redescubrimiento de ese “raro” tan importante hoy a nivel continental, Felisberto Hernández. Esa obra preliminar de exploración y revisión se

Como consecuencia de esa triple negación, los años 1920 —y también, en gran medida, los años 1930, con la parcial excepción de la dictadura de Terra y los conflictos que generó—, han sido presentados en la historia literaria e intelectual uruguaya como un paréntesis gris y poco interesante entre los fervores modernistas (y hedonistas) de la generación de Delmira Agustini, Julio Herrera y Reissig, y José Enrique Rodó, y la pasión militante —antiimperialista, latinoamericanista, nacionalista, y socialista— de la generación de Juan Carlos Onetti, Ángel Rama y sus hermanos, Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, y Carlos Quijano (cooptado por ella y en quién ella se inspirara). Es más: si la amortiguación del conflicto ha sido reconocido desde el célebre ensayo de Carlos Real de Azúa como un rasgo definitorio de la vida social, cultural y política uruguaya que habría nacido como consecuencia eventual de las reformas batllistas de comienzos del siglo XX, los quince años transcurridos entre 1917 y 1933 han parecido marcar —para una parte importante de la historiografía de las últimas décadas— el apogeo de esa proscripción de toda tensión creativa, de todo enfrentamiento principista, en aras de un consenso apaciguado. Se ha vuelto canónica la opinión de que en Uruguay no hubo —o si la hubo, que fue muy pobre— un momento vanguardista anterior a la Segunda Guerra Mundial, y que tampoco hubo grandes clivajes ideológicos ni posiciones críticas contundentes frente a los poderes hegemónicos en los años 1920. Se ha solido ver en la década y media entre 1917 y 1933, en cambio, sólo una suerte de consenso ideológico tácito y aplanador de fricciones—conglomerado de “amiguismo”, prebendarismo estatal y espíritu pequeño burgués—, que se habría visto apenas parcialmente quebrado por la aparición local del “frentepopularismo” de inspiración comunista luego de 1935/36. El resultado de esa percepción ha sido el de negarle a la vida intelectual de esos años interés, y aún relevancia, para una mejor comprensión del proceso histórico uruguayo. Una parte importante de los escritores que contribuyeron con sus libros al barullo intelectual del período se han vuelto, en conse-

vería a su vez abruptamente interrumpida por el ascenso al poder de la dictadura militar con su política misoneísta. Cabe señalar que en los últimos años se han publicado algunos, escasos, estudios sobre figuras intelectuales del período, siendo quizás el más importante aquel que dedicaran Gerardo Caetano y José Rilla a Carlos Quijano y su accionar previo a 1933.

cuencia, poco más que nombres mencionados en enciclopedias y diccionarios de autores: José Pedro Bellán, Montiel Ballesteros, Manuel de Castro, Horacio Maldonado, Ildefonso Pereda Valdés, Alberto Zum Felde. Otros han padecido un destino más radical: de Giselda Welker (née Zani), de Jaime L. Morenza, y de otros, ha sido extirpado hasta el recuerdo, casi, de que alguna vez vivieron, pensaron, escribieron.

Cuando se examina de cerca la producción intelectual de ese período, se descubre en cambio un panorama que dista mucho de esa imagen de tan poco excitante sosiego provinciano que ha adquirido estatuto canónico. Montevideo en la década de 1920 fue sede de un intenso debate intelectual en el cual se confrontaron distintas familias ideológicas: “blancos” y “colorados”, “batllistas” y “anti-batllistas”, católicos de derecha y católicos “liberales”, católicos y liberales, liberales y conservadores, demócratas y fascistas, distintas familias de izquierda, entre sí y con los demás. El propio espacio de la izquierda se vio movilizadopor la brega intensa entre sus distintas corrientes, entre las cuales se destacaban los anarquistas —cuya presencia en el movimiento sindical, en la prensa y en los espacios de discusión pública era todavía ineludible en la tercera década del siglo XX— y los marxistas —divididos institucionalmente en socialistas (partido fundado en 1910/1912), los comunistas (surgidos de la decisión mayoritaria tomada de apoyar a la revolución de Octubre de 1917 en el congreso socialista de 1920)—, por un lado; y las izquierdas de los partidos tradicionales por el otro, como los blancos antiimperialistas y progresistas (que en 1928, bajo el liderazgo del joven Carlos Quijano formaron la Agrupación Nacionalista Demócrata Social), o los batllistas de izquierda. Esas corrientes de izquierda no se mantuvieron encerradas dentro de un estrecho límite micro-partidario o sindical: animaron una importante falange de periódicos, cooptaron a intelectuales jóvenes y a veces no tan jóvenes (y hasta muy consagrados), incurrieron en la vida universitaria a través de la Reforma local, y participaron activamente —en el caso no solo de las “izquierdas” de los partidos tradicionales sino también de las formaciones socialista y comunista— en el proceso electoral dentro de la democracia consolidada por las reformas batllistas. En relación a este último hecho, cabe resaltar que en un país dominado por el bipartidismo de blancos y colorados, el porcentaje del voto de izquierda en Montevideo a fines de la década del veinte constituyó toda una hazaña de proyección político-social de esas dos fuerzas: si en la elección de 1928, la ANDeS de Quijano había superado a las expresiones de la izquierda marxista con un 5,2% del voto montevidiano frente a un 2,6 para el socialismo y un 2,9 para el comunismo² en conjunto, socialistas y comunistas avanzaron como opción electoral luego del *crac* del 29, hasta

obtener en elecciones legislativas de 1932 y de 1933 —vísperas del golpe— entre un 10 y un 15 % del sufragio montevidiano.³

El panorama intelectual montevidiano se caracterizó —en el período aquí abordado—no sólo por su intensa movilización política ni tampoco solo por el creciente peso ostentado por la reflexión y debate en torno a “la cuestión social”, sino también por su afán de modernidad, su cosmopolitismo y/o internacionalismo, su búsqueda de renovación y de proyección al mundo. Los letrados de Montevideo se sentían habitantes de una ciudad de escala mundial —una “world-city” *avant la lettre*—, y sentían también que la situación diferencial uruguaya frente al resto del mundo iberoamericano en materia de instituciones políticas y sociales hacía de ellos protagonistas de un experimento que podía—y debía— tener proyección internacional. En los ámbitos de izquierda esta situación se sintió con particular fuerza. A diferencia de Perú—y aún de la Argentina, donde tanto radicales como conservadores expresaron una orientación tradicional en materia de legislación social o laboral y de política internacional—, la situación política general en cuyo interior debieron desenvolver sus actividades los escritores uruguayos de ese período fue el de un régimen democrático con evidentes rasgos progresistas (en el contexto de los años 1920) que interactuaba con una sociedad en vías rápidas de modernización estructural. Algunos reclamos tradicionales de las fuerzas progresistas latinoamericanas podían, por ende, parecer haber sido ya respondidas por el régimen batllista entre 1903 y 1929: separación rigurosa entre iglesia y estado; secularización del calendario, de las escuelas, del matrimonio; ley de divorcio vincular que admitía la potestad de la mujer para iniciar el procedimiento por sí sola; una amplia gama de leyes laborales —mayor facilidad para la formación de sindicatos, derecho legalmente reconocido de huelga, jornada laboral máxima de 8 horas diarias y 48 horas semanales, prohibición del trabajo infantil, seguro estatal de desempleo para los desocupados, ley de indemnización por accidentes laborales, leyes de regulación de condiciones de seguridad en talleres, fábricas, etc.—; estatización de los servicios considerados básicos —transporte ferroviario, electricidad, etc.—; promoción de la educación de adultos; expansión general de la cobertura educativa en todos los niveles; y una política internacional que alineaba al país con posiciones socialistas o socialdemócratas —Uruguay estuvo entre los pocos países que lideraron la campaña para que se admitiera a México a la Liga de las Naciones, y fue el segundo país latinoamericano en reconocer el nuevo estado soviético en Rusia.⁴ Desde posiciones de izquierda el debate se planteaba, en aquellos años, no tanto en torno a la necesidad de dar inicio a una política radicalmente nueva, sino en relación a las falencias y omisiones del camino ya emprendido: esto, en el

² Gerardo Caetano y José Rilla, **El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986, p. 71.

³ Fuente: Tabla “Participación electoral en el país y en Montevideo”, Germán W. Rama, **La democracia política: Fascículo 44; Enciclopedia de la Civilización Uruguaya**, Tomo V, Montevideo, Editores Reunidos y Editorial Arca, 1969, p. 79.

⁴ Uruguay fue —en 1926— el segundo país de América Latina (después de México) en reconocer la legitimidad del gobierno del partido comunista en Rusia y establecer, por ende, relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. El gobierno dictatorial de Gabriel Terra las interrumpió en 1935, en aras de preservar la “tranquilidad social”.



caso de los socialistas y hasta cierto punto, sin reconocer explícitamente que ésta era su postura, en el de algunas corrientes dentro del anarquismo. Sólo el partido comunista —identificado como lo estuvo hasta 1935 con una política de lucha frontal de clase contra clase y de rechazo a cualquier posible alianza con partidos de otro signo—veía entonces en el batllismo—y en todo el arco partidario de la democracia uruguaya—una forma vernácula de fascismo pequeñoburgués: y aún en este caso sus periodistas debían elegir caminos a veces sorprendentes para lograr imprimirle cierta verosimilitud a su condena total a la experiencia de reformas democráticas y sociales en curso. No debe sorprender entonces que si la Argentina de Yrigoyen se le pudo presentar a José Carlos Mariátegui —vanguardista y marxista sin ser, según Oscar Terán, “ni jacobino ni bolchevique”⁵— como alternativa inmensamente preferible al Perú de Leguía, en el marco de aquella durísima encrucijada que debió enfrentar a fines de los años 1920, tanto más lo podía hacer el Uruguay de los herederos de José Batlle y Ordoñez.

El Amauta peruano en Uruguay 1925-1930: lecturas e intersecciones

Reconocido hoy como uno de los pensadores marxistas más originales de América Latina, si no el más original, José Carlos Mariátegui había logrado ya, en el curso de la década de 1920, ser reconocido por los miembros más destacados de las distintas constelaciones ideológicas de intelectuales latinoamericanos como uno de los ensayistas y pensadores más importantes del continente. Las razones —extrínsecas al contenido de su obra— que contribuyen a explicar esa temprana consagración fueron varias, aunque dos tuvieron un peso muy especial: la circulación internacional del periódico literario-cultural fundado y dirigido por él, **Amauta**, y la pronta proyección transnacional del movimiento indigenista marxista y revolucionario creado por Víctor Raúl Haya de la Torre, el A.P.R.A, primero, y del Partido Socialista Peruano del propio Mariátegui, después.⁶ La revista **Amauta** circuló por gran parte de América Latina, a través de canjes, suscripciones y envíos de la misma a intelectuales consagrados, y

⁵ Oscar Terán, “**Amauta**: vanguardia y revolución”, **Prismas. Revista de Historia Intelectual** vol. 12, n° 2 (versión online), 2008.

⁶ Dejo de lado una tercera vía de proyección internacional, que sin duda estuvo al alcance de José Carlos Mariátegui: aquel del movimiento estudiantil asociado al movimiento continental de la Reforma Universitaria, porque si bien su papel en las primeras manifestaciones en Perú a favor de los ideales y las instituciones de la Reforma fue destacado y aún clave, su forzado alejamiento de Lima, aunque le permitió tomar contacto directo con la cultura política italiana de la pos-Primera Guerra, tan rica en matices y conceptualmente densa, lo marginó del movimiento reformista en el preciso instante cuando ese comenzaba a pasar de ser sobre todo una ruptura generacional con ribetes ideológicos a ser una ruptura ideológica con ribetes generacionales. Retomaría el contacto directo con las fuerzas surgidas de aquel movimiento en un momento cuando ya eran otras que el movimiento estudiantil latinoamericano las principales plataformas transnacionales que podían servir de herramienta para poner en circulación un discurso que aspiraba a una renovación general de la cultura y la política no sólo en Perú sino en el continente.

publicó en sus páginas trabajos de muchos de esos intelectuales, de modo que entre 1926 y 1930 sirvió como dispositivo consagratorio del proyecto intelectual asociado al nombre de Mariátegui. Por otro lado, aunque su relación con el líder de ese movimiento pasó siempre por momentos de mucha tensión hasta llegar a la ruptura áspera y final luego de su decisión de fundar un partido alternativo al A.P.R.A. en 1928, los intelectuales apristas, (muchos de los cuales participaron en las páginas de **Amauta**) tendieron a citar la obra y el pensamiento de J.C. Mariátegui en sus propias obras y periódicos de un modo que subrayaba su importancia (sobre todo antes de la ruptura final, y luego después de la muerte de JCM). En este mismo registro de actividad pública, si **Amauta** y el APRA fueron dos plataformas evidentes para la proyección internacional de su figura como líder político y moral, también lo fue su actividad política interna en el marco de la dictadura de Leguía, actividad que se vio potenciada (luego de su persecución por el régimen) por la creación en 1928 del Partido Socialista Peruano bajo su propio liderazgo, y de la Confederación General de Trabajadores del Perú en 1929. La historia de esa primera formación política, breve y tempestuosa, consolidó de modo más contundente aun su celebridad política como uno de los opositores más importantes al régimen dictatorial peruano, y contribuyó a proyectar su nombre, a través de notas de prensa referidas a ese rol, hacia públicos más amplios en el exterior —y hacia los círculos intelectuales y políticos de la capital uruguaya. Más aún, como fue en Montevideo donde tuvo lugar una de las dos reuniones clave —el Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo de mayo de 1929 (la otra, la Conferencia Comunista Latinoamericana de junio de ese mismo año, se realizó en la vecina Buenos Aires)— que definieron la suerte del Partido Socialista Peruano, obligado a convertirse en Partido Comunista como condición sine qua non para conservar su afiliación a la Internacional Comunista, el nombre de Mariátegui debió adquirir, a través de los representantes peruanos que participaron en las sesiones de esas dos reuniones, para aquellos pocos en el margen izquierdo de la intelectualidad uruguaya que todavía no lo conocieran, una celebridad (o notoriedad, al entender de sus opositores) muy destacada. La modalidad consagratoria de su figura como escritor y pensador de proyección latinoamericana —cuya función él no consideraba que fuera algo separado (ni que pudiera separarse) de su actividad política y moral (posición que emanaba tanto de la zona nietzschista y vitalista de su formación cuanto de aquella marxista)—se dio en cambio a través de su intensa participación con artículos de su propia autoría en otras revistas intelectuales de América Latina, por un lado, y de la publicación, por otro lado, de sus únicos dos libros que en vida llegaron a ser editados, **La escena contemporánea** (1925) y **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** (1928) —este último mediante la intervención personal del editor e intelectual argentino, Samuel Glusberg.⁷

La presencia de Mariátegui como pensador político y como intelectual latinoamericano se cimentó en Uruguay a través de todas estas vías en la segunda mitad de la década de 1920 y sobre

⁷ Horacio Tarcus, **Mariátegui en la Argentina o Las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2002.

todo en los últimos tres años de la década (y de su propia vida). Es posible que también hayan existido contactos más personales —a través de la correspondencia o en persona durante su estancia en Europa (1919-1923)— entre JCM y ciertos intelectuales destacados del ambiente uruguayo —suposición verosímil pero que ha resultado imposible comprobar aún—: integran la lista de posibles candidatos Carlos Quijano, Enrique Amorim, Montiel Ballesteros, y Pedro Figari, entre otros, por el simple hecho de que sus itinerarios y residencias europeas los acercaron en algunos momentos a lugares de paso o de residencia de JCM (o a los de algunos de sus ocasionales colaboradores cercanos y compañeros de militancia, contándose entre estos a más de uno de la creciente falange de apristas desplazados a Europa).⁸ Hacia el final del período, el impacto de su obra y de su personalidad pública había llegado a ser de tal magnitud que un grupo nutrido de intelectuales supo participar de la iniciativa originada en Buenos Aires para traerlo a Mariátegui al Río de la Plata. En 1930, cuando llegó la noticia de su muerte a Montevideo, hacía algún tiempo que estaba ya en plena actividad una campaña para recaudar fondos que sirvieran para acercarlo también a esa ciudad luego de su proyectada instalación en Buenos Aires.

Montevideo era entonces una ciudad que se transformaba vertiginosamente a través de las importantes obras edilicias y arquitectónicas proyectadas para conmemorar el Centenario de la independencia uruguaya, y a través también de la ingente prosperidad que su provisoriamente exitosa inserción en el orden inter-imperial como proveedor de materias primas a los países industriales le había deparado. No sólo se respiraba en ella un aire pungente de modernidad, sino que se podía sentir en ella —al menos esa era la sensación registrada por muchos de sus ciudadanos, intelectuales o no, durante la etapa de “los años locos” de entreguerras— una proximidad muy cercana a las ciudades centrales—cultural, económica y políticamente hegemónicas— dentro del nuevo y precario orden mundial surgido luego de la catástrofe de la Primera Guerra Mundial: diarios, periódicos y grupos intelectuales locales seguían de cerca —buscaban estar “à la page” con— todo lo que pasaba en el mundo; y los lectores y protagonistas de los mismos vivían la convicción de que aquello que se hacía en Montevideo podía tener, legítimamente, a pesar de la pequeña dimensión geográfica de la República Oriental, repercusión tangible en el resto del mundo. Esa convicción, presente en todos los sectores ideológicos de la “inteliguentsia” uruguaya, se sentía con particular fuerza en dos grandes zonas de la misma: aquella ocupada por los intelectuales que se identificaban con la izquierda revolucionaria y aquella ocupada por

quienes se sentían atraídos por las promesas de modernización y de ruptura de las vanguardias artísticas y literarias europeas. De más está referir que un número no desdeñable de intelectuales uruguayos se sintieron simultáneamente atraídos —en ese quinquenio final de los años 1920— por ambas promesas de renovación: la revolucionaria y la vanguardista. Fue en efecto en los intelectuales de estas dos zonas que impactó en primer término el discurso mariateguiano. Al menos dos revistas importantes situadas en el margen izquierdo y artísticamente renovador del campo intelectual uruguayo dieron muestras explícitas de la importancia que revestía para ellas el pensamiento del dirigente intelectual peruano: **La Cruz del Sur** (1924-1931) y **La Pluma** (1927-1931). Al menos otras dos de carácter más efímero (y de circulación quizás más restringida) también lo hicieron: **Vanguardia Revista de Avance** (1928, 2 números) y **Cartel** (1930-31, 5 números).

La primera de ellas fue **La Pluma** —publicación intelectual animada por el crítico y entonces sociólogo Alberto Zum Felde, que además de dedicar mucho espacio a comentar la producción de las corrientes de vanguardia literaria y artística europeas y americanas, expresó durante toda su existencia una clara simpatía por las posiciones de izquierda tanto de los comunistas cuanto de los socialistas. Desde su primer número, de agosto de 1927, contó con Mariátegui como colaborador directo de la revista; también casi desde su inicio dedicó cada tanto algún espacio a comentar la revista **Amauta** y a elogiar la obra intelectual del peruano. En ese número inicial dio a conocer a sus lectores uruguayos el ensayo de JCM, “Nativismo e indigenismo en la literatura americana”, al que acompañó con la siguiente nota explicativa:

El siguiente artículo, fue escrito por José Carlos Mariátegui poco antes de salir del Perú, desterrado por el Gobierno del Sr. Leguía, que ha considerado subversiva la noble propaganda que el escritor venía sosteniendo en su revista **Amauta** acerca de la redención social del Indio. Con la inserción del vigoroso artículo, **La Pluma**, a tiempo que refleja una faz interesantísima de la vida americana, adhiere a la protesta promovida por el acto de aquel gobierno.⁹

El texto revestía, por otra parte, un particular interés para el público uruguayo al que iba destinado en primer término la revista, ya que la porción central de su argumentación consistía en el esfuerzo hecho por Mariátegui—en tres breves páginas— para explicar las razones por las cuales, a diferencia del caso uruguayo (y argentino), la corriente nacionalista y revolucionaria dentro de la literatura peruana debió ser necesariamente indigenista y no criollista o nativista, como en el caso de los países del Plata. Más aún, también en nítido contraste con la situación de la literatura peruana, el nativismo uruguayo no portaba ninguna carga política: era un fenómeno esencialmente literario. Declaraba JCM: “El nativismo en Uruguay (...) (n)o tiene, como el indigenismo en el Perú, una subconsciente inspiración política y económica. Zum Felde, uno de sus suscitadores como crítico,

⁸ Carlos Quijano estuvo en París entre 1924 y 1928 y participó en 1925, en México, en el Primer Congreso Anti-Imperialista Mundial auspiciado por el gobierno de ese país, donde conoció a José Ingenieros y (si no se hubiera cruzado antes con él) a Haya de la Torre —con quién entró inmediatamente en disputa. Enrique Amorim, rico estanciero y escritor de izquierda, iba y venía a Europa durante la estadía de Mariátegui allí. Pedro Figari se había instalado en París a partir de 1924/25 y residió allí 9 años, pero antes de esa fecha hizo algunos viajes a la Ciudad Luz. Adolfo Montiel Ballesteros es quizás el candidato más verosímil ya que vivió en Florencia —donde fue cónsul de Uruguay—desde 1919 hasta mediados de los años 1920 y quizás hasta 1930 (si no mantuvo su residencia permanente en Italia, siguió viajando entre Uruguay y ese país a lo largo de los años 1920).

⁹ **La Pluma** n°1, agosto de 1927, Montevideo, p. 41.

declara que ha llegado ya la hora de su liquidación” —opinión con la cual concordaba Mariátegui.¹⁰ En la conclusión a su texto explicaba de un modo más preciso que el indio en la literatura peruana no era “el tipo o el motivo pintoresco”:

El ‘indigenismo’ no es aquí un fenómeno esencialmente literario, como el nativismo en el Plata. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los indigenistas que explotan temas indígenas por puro exotismo —colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación—, no de restauración ni de resurrección. El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible considerarlo y valorarlos desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto característico nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos etnográficos del Perú.¹¹

Concluía enfáticamente con el siguiente enunciado:

La presencia de tres millones de hombres de raza autóctona en el panorama mental de un pueblo de cinco millones, no debe sorprender a nadie en una época en que este pueblo siente la necesidad de encontrar el equilibrio que hasta ahora le ha faltado en su historia.¹²

En 1928, un sector del público letrado uruguayo que pudo haber leído este escrito de Mariátegui, estaba ya hacía tiempo muy interesado en la relación entre el indigenismo revolucionario que emanaba de los círculos intelectuales de Perú y el nacionalismo, por un lado, y el antiimperialismo, por el otro: más aún, el argumento de Mariátegui hacía sistema con el que entonces estaba desarrollando el propio Zum Felde contra las vertientes literarias más alejadas de un compromiso político de izquierda, en Uruguay. En julio de 1928, en su séptimo número, la revista volvió a publicar un texto de Mariátegui, esta vez referido a otra faz de su pensamiento, aquella de fino observador y crítico preciso de las nuevas literaturas europeas. La ocasión era el fallecimiento del poeta alemán Rainer María Rilke; el texto de Mariátegui —publicado como segunda parte de un díptico cuya primera fue redactada por Gabriela Mistral—se titulaba “La personalidad de Rainer María Rilke”. Allí los lectores de **La Pluma** pudieron descubrir —a través del comentario de JCM— que Rilke—“el gran poeta, el *guter (SIC) Europäer*”¹³— pertenecía a una categoría atemporal, aquella del lirismo puro, y que ello lo mancomunaba con poetas como el ruso Serguei Esénin, y que hacía de él, quizás, el último romántico. La acusación —peyorativa— de Charles Maurras era retomada en clave ideológica opuesta por Mariátegui: si de la grandeza de su poesía no se podía dudar, su pensamiento sobre la poesía, al exaltar el individualismo de un modo radical —tan radical que excluía de esa concepción

de la poesía incluso a un espíritu tan a primera vista afín como Rimbaud— desembocaba ineluctablemente en el romanticismo superado ya por la historia. A la concepción de Rilke, Mariátegui oponía la siguiente definición:

El poeta sumo no es sólo el que, quintaesenciados sus recuerdos, convierte lo individual en universal. Es también, y ante todo, el que recoge en un minuto, por un golpe milagroso de intuición, la experiencia o la emoción del mundo. En los períodos tempestuosos es la antena en la que se condensa toda la electricidad de una atmósfera henchida.¹⁴

En una nota necrológica que expresaba su admiración a través del propio disenter profundo entre la visión de su autor y la del poeta difunto, la nota elegiaca debía provenir de la propia obra de este último. Retornando al concepto que antes había cuestionado —que Rilke era el poeta “del silencio y de la muerte”— aceptaba que “ningún poeta acaso logra como él [...] una idealización tan absoluta de la muerte”: idealización que le habría permitido expresar en un lenguaje cincelado que buscaba la perfección la intuición de que la muerte se le presenta a cada uno en forma diferente. Cerraba Mariátegui su nota con los versos en alemán: *Dem Schiff als Kust und dem Land als Schiff*.¹⁵ A la barca se presentaba la muerte como una ribera, a la ribera como una barca. El artículo sirvió para refrendar ante el público uruguayo la doble condición ostentada por Mariátegui, de crítico de gusto refinado e impecablemente moderno y de pensador marxista que podía, desde aquella matriz ideológica, precisar la ambivalencia intrínseca de una obra estéticamente universal pero superada —desde esa óptica concreta— por la historia.

Además de los dos artículos de su autoría que la revista publicó, aparecieron en tres otras ocasiones en **La Pluma** referencias directas a Mariátegui y su obra. La persecución padecida por Mariátegui en 1927 —su condena a prisión primero, su arresto domiciliario después— fue una de esas ocasiones (en tanto fue éste un hecho que provocó una onda continental de simpatía hacia su persona, incluso entre los intelectuales de familias ideológicas distanciadas de la propia). En marzo de 1928, el número 5 de la revista incluyó una semblanza elogiosa de la revista **Amauta** y de su autor con motivo del fin de la persecución a Mariátegui por Leguía y la reanudación, por consiguiente, de la publicación intelectual peruana. La nota —titulada, simplemente, **Amauta** (cuyo autor probablemente haya sido, por razones estilísticas y de tono, Alberto Zum Felde)— decía lo siguiente al respecto:

Ha provocado unánime regocijo en los círculos intelectuales de toda América la reaparición de **Amauta**, la revista que dirige en Lima el afamado escritor Carlos Mariátegui, órgano de la nueva generación peruana, que lucha tanto por la renovación literaria, como por ideales sociológicos de un profundo valor humano y americanista. **Amauta** es, en efecto, por encima de todo,

¹⁰ *Ibid.*, p. 42.

¹¹ *Ibid.*, p. 43.

¹² *Ibid.*, p. 42.

¹³ **La Pluma** año II, n° 7, p. 93.

¹⁴ **La Pluma** año II, n° 7, p. 94.

¹⁵ *Ibid.*, p. 96.

una representación del Perú que quiere renovarse, sacudiendo el yugo de la tradición colonial y reivindicando el derecho de la raza indígena al suelo en que viven y a la cultura nacional.¹⁶

La Pluma no estuvo, en efecto, sola en el regocijo que le provocaba **Amauta** y su resurrección. Referencias a esa revista de tono más exuberante aparecieron por la misma época en **La Cruz del Sur** en la efímera revista **Vanguardia. Revista de Avance** (dirigida por Juan Carlos Welker y Juvenal Ortiz Saralegui). El primer número de esta última —de septiembre de 1928—incluía en el primer lugar en una lista de “revistas amigas íntimas” (publicada en su página de apertura) a “*amauta* de José Carlos Mariátegui, Perú” (le seguían en orden de afecto íntimo “*guerrilla* de Blanca Luz Brum, Buenos Aires”, “*reflector* de Arturo Tronkoso, Chile”, “*la Cruz del Sur* de las Placas, Morenza, Hnos. Guillot, y Méndez Magariños, Montevideo” y otras 14 más); y en una nota breve en la página 9 del mismo ejemplar exclamaba la redacción:

Para que nos oigan los embajadores de Leguía, aún cenando en algún centro militar: Saludamos a José Carlos Mariátegui, representante del Perú nuevo, el más vigoroso pensador de la América actual: saludamos a “Amauta”, que con valor aparece en las mismas barbas del dictador y su poeta Santos Chocano, el asesino de Elwind (SIC) Elmore. (En negritas en la edición original).

La Cruz del Sur, por su lado, incluyó también en enero/febrero de 1928 una nota cuyo título era “Otra vez **Amauta**”, en la sección dedicada a comentar el movimiento cultural de los meses anteriores a la aparición de ese número, que no ocultaba la euforia incitada por la reaparición de **Amauta**:

¡Otra vez *Amauta*! Alboroto juvenil al clarinearle; especie de despertar a tiempo, todavía. Soplos del Pacífico filtrado en pedregales monstruosos del Andes impenetrable. ¡Otra vez *Amauta*! Y corre, desatada, cachorro rojo, la sangre de nuestra esperanza en América. Ha podido Mariátegui sustraerse a la persecución de Leguía. Ha podido salir nuevamente a la calle y ha podido entrar a su imprenta. ¡Qué impaciencia tendrían las ágiles rotativas! ¡Qué impaciencia, incontenible, tuvimos nosotros mientras tanto! Ya está entre nosotros *Amauta*. Esto quiere decir que todo ha sido solucionado. Que el gobierno padeció error. ¡Y claro está que lo padeció! ¡Y gordo! Un gobierno, y sobre todo un gobierno de la moralidad del peruano no debe interponerse, biombo absurdo, grotesco, entre la magnífica labor de un hombre peruanísimo—tal vez el más grande peruano del Perú yanquizado— y su público. [...] Estos alimentadores del yanqui se interpusieron, grosera pantalla, entre Mariátegui y nosotros...¹⁷

Las últimas referencias a Mariátegui que se encuentran en **La Pluma** fueron motivadas, ambas, por la creciente catástrofe personal que se cernía sobre el pensador peruano: aludieron primero al proyecto de ayuda para que pudiera escaparse de Perú, trasladándose a alguna ciudad que le ofreciera mejores condi-

ciones para tratar las graves dolencias físicas que iban minando su salud, y que le proferiera también algún sosiego luego de las turbulentas persecuciones que lo venían acosando con creciente ahínco desde 1927; y segundo, a su muerte súbita cuando ese traslado ya estaba en marcha, en 1930. En una nota titulada “Pro Mariátegui”, publicada en septiembre de 1928 —un número que también incluía un artículo del historiador peruano Jorge Basadre sobre *Romain Rolland*—, los editores de **La Pluma** se solidarizaron con la campaña entonces en curso para financiar el traslado de Mariátegui desde Perú a Buenos Aires:

Se trabaja en la iniciativa de celebrar algunos actos intelectuales, como demostración de simpatía y con objeto también de arbitrar recursos, a fin de que pueda venir al Plata el prestigioso escritor peruano Sr. Carlos Mariátegui, que por sus notorias luchas en pro de una reforma social de su patria, se halla hostilizado por el gobierno conservador y dictatorial que en ella impera. Hostilizado, enfermo y sin recursos, el director de *Amauta*, necesitaría para salir del Perú, el apoyo de sus amigos del Plata y de los elementos que aquí sienten solidaridad por la causa de la libertad de América y del Hombre. Lograr el objeto que se proponen sus amigos de Buenos Aires y de Montevideo, sería una hermosa demostración de solidaridad espiritual americana. *La Pluma* se adhiere cordialmente a esos propósitos.¹⁸

Casi dos años más tarde, la revista se volvía a referir al autor de los **Siete ensayos** para dar, esta vez, la noticia de su fallecimiento, y para homenajearlo con tres textos necrológicos. Los dos últimos textos fueron, respectivamente, una reimpresión de la necrológica publicada en **Renovación**, órgano de la Unión Latino-Americana; y un poema firmado por Pablo Iturri Jurado (Ramón Katari) de La Paz, Bolivia, titulado “Elegía en Rojo y Negro a J. Carlos Mariátegui”. Es probable que el primero, suscripto por la redacción, haya sido escrito por Alberto Zum Felde. Comienza observando que:

Con José Carlos Mariátegui desaparece uno de los más fuertes y eficientes valores intelectuales y humanos de la América Latina y uno de los más altos representantes de la nueva generación, en cuanto ésta significa la conciencia y la voluntad de una profunda renovación de ideales y de normas.

Seguía un breve repaso a su obra en el cual se destacaba que con ella “el problema del indio” había pasado de ser un “motivo literario”, “a ser algo vivo, concreto y fundamental en la idealidad y en la política del Perú.” Declaraba además algo que una mirada somera a la prensa intelectual uruguaya de los últimos tres años de la década de 1920 confirma inmediatamente al constatar que aún los líderes del APRA habían quedado un poco a la sombra del consolidado prestigio de Mariátegui: para sus lectores uruguayos, Perú “es el Perú de Mariátegui”. Y concluía con una semblanza en la que se perfilaban con nitidez los núcleos de sentido en el pensamiento de Mariátegui que lo habían llevado

¹⁶ **La Pluma** año II, n° 5, marzo de 1928, p. 163.

¹⁷ **La Cruz del Sur** n° 19/20, enero/febrero 1928, p. 36.

¹⁸ **La Pluma**, año II, volumen 8, septiembre de 1928, Montevideo, p. 157.

al Zum Felde de fines de los años 1920 a interesarse en su obra:

Mariátegui fue quien, el primero, puso el dedo en el resorte central del problema social de su país —y de otros países— el régimen económico de la vida, que es como la morfología orgánica de las sociedades. Y, por extensión, rebasando las fronteras de sus altas montañas andinas, el pensamiento y la actitud de Mariátegui, han constituido un ejemplo orientador para la joven generación americana, en el sentido de dejar de lado los viejos verbalismos pseudo-idealistas, y enfrentar la realidad humana en sus recios términos positivos.¹⁹

Zum Felde admiraba en Mariátegui la científicidad de su proyecto intelectual —aunque no bebiera de las mismas fuentes científico-doctrinarias que el peruano—; valoraba el esfuerzo por elaborar un análisis científico de la sociedad peruana (en un momento cuando él estaba empeñado en hacer lo mismo para el caso uruguayo —aunque en su caso el marco no fuera el marxista empleado por Mariátegui—) y celebraba la precisión de una prosa que dejaba atrás la retórica un poco nebulosa heredada del idealismo arielista y espiritualista de las primeras décadas del siglo XX (herencia con la cual él también estaba en vías de romper, luego de haber sido un “rodoniano” apasionado en su juventud). Un cuarto de siglo más tarde Zum Felde volvería a referirse directamente a la obra de Mariátegui, con argumentos que permiten intuir que a pesar de la mayor acritud de su impugnación al marxismo como teoría científica de la sociedad y su corolaria condena del mismo en la obra del peruano, seguía valorando la matriz no-idealista de la misma, es decir, la aplicación de un dispositivo de interpretación científico al análisis de todas las facetas de la sociedad y de la cultura peruanas. Como si se hiciera cargo, a tantos años de distancia, del silencio que en las primeras lecturas uruguayas de los **Siete ensayos** había pesado sobre el séptimo ensayo dedicado a la literatura, reconocía ahora —en 1954— que no solo era el más largo dentro del libro sino que “presenta (...) la singularidad de ser (...) dentro de la crítica literaria hispano-americana, la más brillante interpretación de esa índole y la aplicación de tal criterio hecha con mayor talento”²⁰ “Esa índole” y “tal criterio” eran referencias, claro, a la perspectiva marxista que había informado toda ese libro —siendo el “doctrinarismo marxista” una “hipertrofia deformante del elemento válido de verdad que contiene, por efecto del exclusivismo de su función” según AZF— por lo cual elaboraba a continuación:

Mas, reiteramos, no es —ante la crítica imparcial— su marxismo lo que le valoriza, sino —y a pesar de él— el haber puesto sobre el tapete crítico el proceso caracterológico de su literatura nacional, estudiado en relación con su proceso histórico y demás factores concretos, posición hasta entonces no existente, ya que en éste, tanto o más que en los otros aspectos de su

existencia —el político, por ejemplo— todo estaba envuelto hasta entonces en la nebulosa conceptual del discurso retórico, el cual parece tener por misión y resultado, no exponer las cosas en su realidad viva sino cubrirlas con el disfraz del verbalismo convencional.²¹

Por ello mismo era valorado por Zum Felde, en una época cuando arreciaban los vientos helados de la Guerra Fría, como un “libro crucial” dentro de la literatura hispano-americana.

Cartel y La Cruz del Sur también recogieron la noticia de la muerte de Mariátegui y se pronunciaron, en el marco de esa luctuosa coyuntura, sobre la importancia del intelectual y de su obra. En su quinta entrega, del 15 de abril de 1930, en una nota sin firma escuetamente titulada (¡y equivocándose en cuanto al nombre de pila!) **Juan Carlos Mariátegui**, decía, en prosa que aspiraba a poética:

La puñalada de la noticia desde el barracón de los avisos telegráficos de un diario. La puñalada traperera hasta lo hondo, de puñal clavado. Se ha ido Mariátegui y, con él, se ha ido el ánimo de un hombre libre. Quisiéramos hablar de toda su obra. Como en las composiciones nuevas, son tantos los temas que más vale asistir mudamente a la contemplación del conjunto. Mariátegui hizo la luz. Y picaneó la marcha de ese Perú que no va todo lo bien que deseamos. Mariátegui, sin quererlo él, sin darse cuenta, tuvo discípulos en toda América latina. Discípulos que —¡y esta será la revancha de sus penurias!— serán mariáteguistas pese a quien pese. Porque las semillas que volcó Mariátegui eran de selección y fermento asegurado. **Cartel** cumple con el deber de divulgar la espantosa nueva por el sector de su derrotero ideológico.

Fueron —probablemente— pocos los lectores de Mariátegui en Montevideo en los años 1920, pero los que hubo buscaron en efecto hacer de sus compañeros de generación, como destaca ese obituario, “mariáteguistas pese a quien pese”. **La Cruz del Sur**, por su parte, en una nota que también ostentaba errores (esta vez en la ortografía de su apellido), **José Carlos Mariátegui**, demostró compartir el imaginario místico-escatológico de los autores de **Cartel** (aunque sin llegar hasta el punto de la divinización en ciernes que dejaba traslucir la frase “hizo la luz”). Luego de indicar que “días pasados nos llegó la mala noticia del fallecimiento de José Carlos Mariátegui, el esforzado luchador, campeón del renacimiento racial peruano” y hacer referencia a su larga enfermedad, observaba que a pesar de sus dolencias: “Estaba hecho de la madera de los apóstoles y encontraba incegables fuentes de energía y optimismo en la veta de sus propios sufrimientos”. Resumía luego el autor —que no fue probablemente Morenza porque otro texto en la misma página anuncia su partida hacia Europa con su familia tiempo antes— los principales hitos en la recepción uruguayana de la obra mariáteguiana: “Hace unos años fundó **Amauta**, esa gran revista ideológico-literaria que señala por sí sola una época en su país. Uno de sus libros, **Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana**

¹⁹ **La Pluma**, año III (error de imprenta por “IV”), volumen 15, Montevideo, julio de 1930, p. 6.

²⁰ Alberto Zum Felde, **Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas**, México, Guaranía, 1954, p. 557.

²¹ *Ibid.*, p. 557.

es una verdadera obra maestra en el género.”; para concluir que “Mariátegui muere muy joven, en plena culminación de su talento, y en momentos que sus amigos de Buenos Aires iban a intentar traerlo a las orillas del Plata [...]”.²²

Fue en **La Cruz del Sur** donde se había publicado la única reseña contemporánea en medios intelectuales uruguayos dedicada a los **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**: artículo emanado de la pluma de Jaime L. Morenza. Además del obituario y de esta reseña, todas las demás referencias directas a Mariátegui habían ido apareciendo en relación al destino de su revista **Amauta**, como aquella —tan eufórica—alusión de 1928a la reaparición de la misma, antes señalada. El texto de Morenza sobre los **Siete ensayos** apareció en mayo de 1929. Por su extensión y la contundencia de sus argumentos ha demostrado ser, con el paso de los años, una referencia ineludible para los historiadores del marxismo en América Latina, ya que constituye una de las más tempranas lecturas complejas de ese libro realizadas fuera del Perú.²³ Ilustrado con un grabado del rostro de Mariátegui en estilo *faux-cubiste*, esa lectura partía de un reconocimiento explícito de su importancia como intelectual —“Entre los escritores de la nueva generación peruana que, con preferencia tratan temas de carácter social, Mariátegui es uno de los de más alta significación”— para luego expresar con precisión el tipo de intelectual que era: “No es un producto universitario, y, sin embargo, pocos le aventajan en preparación intelectual; ninguno, a nuestro juicio, en bien definida orientación. [...] Sus ideas son claras, inequívocas, sin el más leve atisbo de confusión”. Morenza afinaba aún más su retrato al explicar que “Mariátegui es un escritor socialista”, observación que luego volvía más nítida al proseguir señalando que “Mariátegui es un escritor marxista”. Y ello, observaba Morenza, implicaba que “el socialismo de Mariátegui no es un socialismo de gabinete, sino un socialismo dinámico, activo, esencialmente revolucionario”, llevando a que su obra fuera “el reflejo de su concepción doctrinaria”. A partir de esa caracterización precisa de la identidad ideológica del escritor, del tipo de intelectual que era, Morenza condensaba su juicio general acerca del libro: “En él ensaya —a nuestro modo de ver —una revisión crítica de toda la historia del Perú”. Revisión histórica lo suficientemente exitosa, convincente, como para que constituyera un trabajo modélico para los estudios similares dedicados a cualquier parte del continente americano. Explicaba Morenza: “La doctrina que informa su obra es aplicable a toda la historia de América, sin excluir la del Norte; el criterio con que está enfocada la labor crítica, salvo ciertos aspectos peculiares a su país, también”. Para el reseñista uruguayo, Mariátegui había logrado hacer un uso superlativamente bien logrado de “ese maravilloso instrumento de estudio e interpretación” que era “el concepto materialista que Marx y Engels elevaron, con la experiencia, a la categoría del método científico” y ello explicaba la importancia seminal de su libro para todos los

americanos. En los tres primeros ensayos que integraban el septeto, el peruano había “aplicado el método marxista muy exacta y rigurosamente” al estudio de la realidad social y de la historia económica del Perú para forjar una interpretación radicalmente nueva de sus problemas y sus derroteros. Comparaciones como las que Mariátegui hacía entre la organización de la propiedad agraria en Rusia y en el Perú, analizando ambas a través del prisma marxista, le parecían a Morenza perfectamente logradas. Por ello pudo concluir la porción sustancial de su reseña con una comparación elogiosa entre el libro de Mariátegui y otro, similar, “de Georges (SIC) Plékhanov sobre la historia social de Rusia” y el siguiente juicio: “el libro, considerado desde el punto de vista marxista, es sencillamente admirable”.²⁴

Merecen ser destacados otras dos observaciones de la reseña de Morenza. La primera, previsible, consistió en la crítica a la heterodoxia del marxismo de Mariátegui. Mientras que Morenza consideraba que en las porciones más logradas de los **Siete ensayos** se había “aplicado el método marxista muy exacta y rigurosamente”, en cierto momento el rigor analítico desaparecía, al verse “suplantado por otra teoría, que, en nuestro concepto, carece de valor revolucionario. Nos referimos a la teoría de los mitos”.²⁵ Cuando, en clave “soreliana”, Mariátegui había pronunciado la frase “es el mito, la idea de la revolución socialista”, en ese momento él habría abdicado de todo rigor marxista, de toda corrección revolucionaria, ya que “su aplicación puede dar lugar a graves extravíos doctrinarios”.²⁶ Aclaraba Morenza lo siguiente:

Acceptar la aplicación de este concepto significaría admitir que la historia no es, tal como lo proclamó Marx, la historia de la lucha de clases y que, por consiguiente, no está determinada por la evolución de la producción económica. En una palabra, significa descartar la idea más dinámica de la concepción marxista.²⁷

Esta duda acerca de una posible deriva heterodoxa del pensamiento revolucionario de Mariátegui quizás explique la admisión, por cierto sorprendente, hecha por Morenza al final del texto donde admite que su reseña —de tono tan consagratorio— es en realidad una reseña de los primeros tres ensayos del libro, no del libro en su conjunto (cuyo contenido temático enumera sucintamente). La segunda observación, menos inmediatamente previsible que la primera, consistió en el sistema de relaciones de parentesco que Morenza postuló para el escrito de Mariátegui. Morenza lo leyó en clave historiográfica: los **Siete ensayos** —más allá de su intención revolucionaria y de su empleo exitoso del materialismo científico como herramienta de análisis que le reconocía— se inscribían dentro de una tradición historiográfica de duración más larga que la marxista, aquella que reconocía en lo social el motor de todos los demás cambios en una sociedad y que habría aparecido condensada inicialmente en los nombres de Guizot, Thierry y Mignet. Es decir, sin decirlo explícitamente

²² **La Cruz del Sur** n° 28, Marzo-Abril 1930, Montevideo, p. 73.

²³ Como demuestra su inclusión en el libro sobre Mariátegui en América Latina organizado por José Aricó. Ver: José Aricó, **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano**, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1978.

²⁴ **La Cruz del Sur**, n° 23, Mayo de 1929, Montevideo, p. 13.

²⁵ **La Cruz del Sur**, n° 23, Mayo de 1929, Montevideo, pp.12-13.

²⁶ *Ibid.*, p. 13.

²⁷ *Ibid.*, p. 13.

te, incorporaba la interpretación de la realidad peruana hecha por Mariátegui a la tradición más conspicua de la historiografía latinoamericana —aquella que derivaba de los tempranos esfuerzos de Sarmiento, Bilbao, Mora o Alamán, por interpretar a la luz de las transformaciones sociales los cambios políticos e institucionales y sus posibilidades futuras en América Latina— pero hacía de ella un hito supremo de renovación, a través del empleo modélico del utillaje conceptual marxista. Un último punto: a Morenza le interesó sobremanera la desconstrucción meticulosa que Mariátegui había hecho de las superpuestas capas de formas productivas en el Perú para indicar la convivencia de residuos feudales con núcleos de producción capitalista, hecha posible por el accionar del imperialismo capitalista de las grandes potencias. Reconociendo que las condiciones agrarias en el Perú eran muy distintas de las que entonces imperaban en Uruguay, Morenza sin embargo creyó poder extraer de la lectura de Mariátegui un paralelismo, impregnado de significado, entre ambas situaciones agrarias: en ambos países perduraba, más allá de las diferencias específicas que las distintas historias de cada uno había generado, el latifundio. “Igual que en el Perú, el latifundismo es, entre nosotros, un obstáculo casi insalvable para el desarrollo regular de la economía nacional.” El “rutinarismo rural” —tan presente en Uruguay como en el Perú— impedía el desarrollo de la técnica productiva y ello a su vez se convertía en dispositivo básico para la penetración imperialista en la economía nacional uruguaya. *Interpretando* la situación uruguaya con las mismas herramientas halladas en los siete intentos de *interpretación* de la situación peruana, Morenza pudo proponer enfáticamente que los grandes frigoríficos no eran una industria nacional sino “simples ramificaciones de consorcios industrial-financieros sólidamente asentados fuera del país”. Ergo su finalidad no era “la de propulsar nuestro desarrollo económico” sino “la de aprovechar de nuestro atraso”.²⁸ ¿Quién era este temprano lector de Mariátegui? ¿Quién fue Jaime L. Morenza? Como ha ocurrido con tantos miembros de la generación de 1917 que supo brillar en los años del Centenario, no se sabe a ciencia cierta. Participó activamente entre 1925 al menos y 1930 en el mundo intelectual y editorial uruguayo: fue administrador de **La Cruz del Sur** desde 1926 en adelante; esa misma revista publicó un grabado con el retrato de Morenza; **Cartel**, como parte de sus notas humorísticas acerca de la posibilidad de la inexistencia de “Francisco Espínola”, el escritor, publicó una foto colectiva de intelectuales uruguayos que participaban en la búsqueda afanosa del escritor devenido entealequia, entre los cuales estaba Morenza. El historiador de la filosofía y gran erudito de la historia intelectual uruguaya, le admitía en carta de 1981 al filósofo —

también uruguayo— Manuel Claps, desde su exilio venezolano, lo siguiente: “Absolutamente nada sé del J. L. Morenza, comentarista de Mariátegui en 1928”.²⁹ El conocido bibliógrafo y profe-

tor de literatura Pablo Rocca admite también, en nota contenida en su tesis doctoral del 2006, donde dedica abundante espacio a la visita hecha por Morenza a Brasil —objeto de notas específicamente dedicadas a ella en **La Cruz del Sur**— que luego de su regreso a Montevideo en 1927 “le hemos perdido toda pista”.³⁰

Poco más que esto ha sido posible averiguar con motivo de este trabajo, siendo **La Cruz del Sur** la principal fuente para seguir su derrotero. Desde el número dos de esa revista aparecía Morenza como un colaborador regular y en ese primer número el contenido del artículo que le dedicara a “El triunfo de las izquierdas en Francia” —referencia a la victoria ese año del Cartel des Gauches— lo identifica como un intelectual alineado con ese margen de la arena cultural uruguaya. Reseñista frecuente, no se confinó a temas de política: en el número 12 firmaba una nota sobre un libro de filosofía, anti-vitalista, de Alberto Palcos, en el número 14 reseñaba in extenso el nuevo libro del poeta nativista, Pedro Leandro Ipuche, y en el número 22 aparecieron, juntas, varias reseñas a libros de distinta temática. En el número 18 (1927) de la revista se publicó un “Elogio a Morenza” —sobre sus dotes de escritor y pensador, que podría desarrollar plenamente si no fuera tan tímido y cauteloso en su elección de temas para el trabajo intelectual— con el retrato xilográfico antes mencionado; ya en el número 14 (1926) había aparecido una nota titulada “demostración a Morenza”, que hace referencia a su excelente administración de la revista y a la reunión de homenaje que sus compañeros le han ofrendado. Tanto la “demostración” como el “elogio” sugieren en cuán alta estima lo tenían sus compañeros de redacción —que incluía algunos de los mayores talentos de esa generación, desde los hermanos Guillot Muñoz hasta el poeta y defensor de la negritud Ildefonso Pereda Valdés. Dos entregas consecutivas de la revista —nº doble 19/20 y nº 21— publicaron una entrevista a Morenza acerca de su estadía en Brasil, realizada por un autor anónimo que firma “X...” y que podría —no hay pruebas, sin embargo, de que esto sea así— indicar que esos dos textos fueron en realidad escritos por el propio Morenza.

Es en ellos, en el conjunto de tres textos que le dedicara al antiimperialismo latinoamericano, y en su reseña a los **Siete ensayos**, donde Morenza mejor explicitó su posición político-ideológica, cuyo eje fue el antiimperialismo. Si bien es cierto, como indica Pablo Roca, que el primer texto sobre Morenza en Brasil hirió suspicacias en aquél país por la preliminar descripción que allí apareciera de la situación intelectual contemporánea en Río de Janeiro —revistas brasileñas como **Festa** publicaron, según Roca, refutaciones que se pretendían contundentes—, el segundo, más expansivo que el primero y con mayores referencias a intelectuales concretos (aunque cabe reconocer que el mapa siguió siendo, con todo, muy incompleto), proponía a los lectores

²⁸ *Ibid.*, pp. 11-12.

²⁹ Nicolás Gropp, “Correspondencia de Arturo Ardao y Manuel Arturo Claps (1958-1991)”, **Cuyo: Anuario de Filosofía Argentina y Americana**, nº 20, Mendoza, año 2003, p. 96.

³⁰ Pablo Rocca, **Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano**, Tese Doutoral (Orientador Prof. Dr. Jorge Schwartz), Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, São Paulo, Universidade de São Paulo, 2006, p. 74.

de **La Cruz del Sur** la importancia de conocer la nueva producción intelectual brasileña. Ante la observación de su quizás putativo entrevistador acerca de la acusación lanzada por Waldemar Bandeira en la **Gazeta de Noticias** a los uruguayos por su desinterés en la producción intelectual del Brasil, respondió Morenza:

La acusación es justa. [...] Y si tenemos en cuenta —añade— la seriedad e importancia del movimiento intelectual del Brasil resulta, también, deprimente. Acusa en nosotros falta de curiosidad, cierto grado de inercia mental que no es, ciertamente, muy halagüeño. Todavía —continúa diciendo— estamos a tiempo de subsanar esa deficiencia. Los jóvenes intelectuales del Uruguay deben interesarse por las manifestaciones del espíritu del gran país norteño. El Brasil no es solamente la tierra productora de café, azúcar, bananas y maderas finas: es, también, un vasto campo de ideas, un interesante laboratorio intelectual. Su juventud estudiosa realiza, actualmente, un esfuerzo grande para dar a la cultura de su país una fisonomía propia, para libertarlo, dentro de lo posible y legítimo, de todo tutelaje extraño.³¹

Esa liberación de todo tutelaje extranjero era, precisamente, aquello que animaba el antiimperialismo de Morenza. Quizás haya sido en consecuencia de la irritación que le provocaron ciertos elementos anacrónicos que creyó detectar en el nacionalismo latinoamericanista del mexicano Orzábal Quintana, su entrevistado en el número 16 de la revista, y fundamentalmente ante la presencia de concepciones que juzgaba demasiado imprecisas desde una óptica latinoamericanista y antiimperialista como la que ostentaba **La Cruz del Sur**, que publicó en el número siguiente un largo artículo de análisis y de denuncia de “El imperialismo yanqui”. El foco de su argumento consistió en la demostración de que Estados Unidos era un país imperialista como cualquier otro, que los móviles “humanitarios” citados en su descargo por algunos apologistas del mismo —ingenuos optimistas panglossianos o cínicos prebendarios del capital financiero e industrial norteamericano— no eran tales: toda la historia norteamericana ilustraba el carácter fundacionalmente imperialista del país anglosajón, y demostraba que su motor era el capitalismo financiero e industrial que nunca cejaría en su inagotable voracidad de mercados, tierras y mano de obra barata. Terminaba su extenso comentario histórico y político con la propuesta de un gran partido latinoamericano para hacer frente al expansionismo estadounidense:

la constitución de un partido latino-americano, con propósitos de acción bien definida a este respecto puede ser de gran eficacia. La Confederación Latino-Americana y la resistencia al capitalismo serán sus fines inmediatos. Ese partido ha de ser obra, más que nada, de la juventud, y ha de tener un ideario completamente “avanzado”, tanto en materia político-social, como en materia económico-financiera.³²

³¹ **La Cruz del Sur** n° 21, Montevideo, diciembre 1928, p. 22.

³² **La Cruz del Sur** n° 17, mayo-junio 1927, Montevideo, p. 10.

Reconocía que la creación de ese gran partido sería una tarea ardua y accidentada pero no por ello la consideraba menos necesaria. Aunque ignoraba olímpicamente los muchos antecedentes de su propuesta (desde la Unión Latino-Americana hasta el APRA, entre otros), hacía radicar la novedad de la propia en cierto realismo político-ideológico imbuido de un espíritu de avanzada:

La época de las proclamas líricas ha pasado. Con protestas platónicas, más o menos retóricas, no se pone coto al peligro. El momento actual es de acción. Si se quiere impedir que la América Latina sea, dentro de pocos años, una dependencia del capitalismo yanqui, no debe perderse ni un minuto más de tiempo. Hay que ir resueltamente a la constitución de ese partido o de otro instrumento de lucha eficaz. Cruzarse de brazos, ante el apremio de las circunstancias, es suicida e inmoral.³³

Justificaba el “avancismo” del movimiento que propugnaba con el siguiente argumento, tercermundista *avant la lettre*:³⁴

El contenido ideal del movimiento nacionalista moderno, es profundamente revolucionario y emancipador. No está estrechado a la estrecha y vieja fórmula de la lucha de razas o de pueblos. Rebasa ese molde anacrónico, para convertirse en una vigorosa, noble y admirable manifestación de lucha social. El mundo se encuentra actualmente sacudido por esa lucha. La China y la India, la Siria y el Egipto, pugnando por emanciparse del yugo imperialista, son ejemplos vivos de lo que afirmamos. Es el espíritu de los nuevos tiempos esforzándose por crear un nuevo tipo de civilización. La América Latina no puede ni debe sustraerse al ritmo histórico de los acontecimientos. Por eso, cuanto antes, debe prepararse a la acción. Si lo hace a tiempo evitará verse sometida a la servidumbre. De lo contrario sufrirá, inevitablemente, el vasallaje del coloso del norte.³⁵

Concluía su texto en clave de esperanza:

La victoria no corresponde siempre a los más fuertes y a los más agresivos. La historia nos enseña que, muchas veces, quizás las más, corresponden a los más previsores. Los pueblos de la América Latina, en block, deben ser esto último. Así cumplirán uno de sus más altos deberes históricos: el de salvaguardar su independencia y su bienestar.³⁶

El diagnóstico del imperialismo yanqui contenido en ese artículo destilaba información precisa y actualizada, la solución propuesta, aunque sin duda lejos de ser original, destila una evidente resonancia epocal, y patentiza cuán presente estaba en la mente

³³ *Ibid.*, p. 11.

³⁴ Ver para un panorama general del proto-tercermundismo referido a la Argentina, Martín Bergel, **El Oriente Desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina**, Bernal, Buenos Aires Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

³⁵ *Ibid.*, p. 11.

³⁶ *Ibid.*, p. 11.

de los intelectuales uruguayos de la época el internacionalismo mundializado de las luchas de liberación nacional que habían cristalizado en vísperas de la Gran Guerra o en su inmediata estela. Confirma el carácter antiimperialista de ese momento, al menos, del pensamiento del hoy fantasmático Jaime L. Morenza. Un último dato curioso en relación a Morenza, ese esfumado de la historia uruguaya. En ese mismo número de la revista, se anunciaba en la página 29 que ya estaba en prensa, en la Editorial La Cruz del Sur, un libro de Jaime L. Morenza, de título intrigante: **Inquietudes del momento (Estudios sobre el imperialismo).**